

LA COBARDÍA

—Oye, oye, Dominguitín... ¿Como un vestido de gala sin ser día de fiesta? ¿Qué ha ocurrido hoy en la ciudad os Condes?
—Que el jurado del Colegio ha celebrado hoy sesión para ver y fallar la seguida contra Perico el de la Muñoza.

—¿El Tribunal!... ¡el jurado!... ¿qué no, muchacho, que yo no me hablo a lo de la Muñoza?

—No te burles, Abuelito, porque se de una cosa muy seria.
—¿Caramb!... ¡Me pondrás los pelos punta... si los tuviera!...
—Pues hace algún tiempo el señor Perico, en unión de los otros tres profesores, reunió a los mayores de la Escuela y acordaron constituir un Tribunal del jurado escolar (eso lo recuerdo yo memoria) y nos repartieron unos Esos, cuyo capítulo primero me sé yo.

—Vamos a ver qué dice.
—Los fines de la institución son contribuir a la función educativa que el profesor de la Escuela realice.
—Producir la educación moral y cívica, capacite a los niños para aprehender el delito y les permita valer en cualquier edad los dictados de su conciencia ante las coacciones que pudieran sobrevenir.

—¿Pero es a tu maestro a quien se le ha ocurrido esa idea?
—Sí, Abuelito, y como te decía, hoy no tengo juicio.
—¿Ya era hora!... ¿Y de qué se trata en ese famoso juicio?
—Verás; la mamá de Quinito, otro de la escuela, fué a quejarse al señor de que su hijo quitaba dinero y cosas de su casa, y pidió al maestro que le castigara para que lograra cambiarlo.

—¿Tantas razones, Dominguitín, ¡Eso es grave!
—No te lo decía?... Pues verás; después de mucho preguntarle el maestro y amenazarle con echarle del colegio si no declaraba la causa que le había a hacer aquello tan feo, confesó que hurtaba fruta, dinero, cortaplumas y muchas otras cosas, para dárselas a Periquín, por miedo que le tejerían le pegaba la tarde que no le iba algo, y cuando no otra cosa, le iba su merienda...
—¡Valiente granujal!... ¿Y qué ha pasado en el célebre juicio?
—Que como es escuela mixta, se ha constituido el tribunal, Quinito confesado que hace más de tres meses venía quitando cosas de su casa para dárselo al de la Muñoza.
—¿Al preguntarle el maestro por qué no lo decía cuando empezó, a su madre o al señor maestro, ha dicho que Perico le había amenazado con matarle.

—¿Y Perico qué ha dicho?
—Perico lo ha negado al preguntarle diciendo que Quinito se lo daba todo pero ante la amenaza de que iba a

sufrir la vergüenza de ser echado de la Escuela si no decía la verdad, ha cantado de plano, jurando que jamás volverá a hacerlo.

—El maestro le ha echado un sermón que nos ha hecho llorar, y Perico ha acabado pidiéndonos perdón a todos.

—Dios quiera que al Perico ese le sirva de lección la vergüenza que habrá pasado.

—¿Ya ves, Dominguitín, ya ves a lo que puede dar lugar la cobardía; pues si Quinito no hubiese sido tan cobarde, no hubiera dado lugar a ello, negándose a las exigencias del de la Muñoza, o contándole todo al maestro.

—Sí, pero es que Periquín le amenazaba con matarle, y como es mayor que él...

—Aun así y todo, antes de convertirse en ladrón, y ladrón doméstico, debió haberlo hecho, y el castigo impuesto entonces por el maestro hubiera evitado que el mal durara tanto tiempo.

—¡Ay, Abuelito!... Si conocieras a Quinito no dirías eso, porque aunque es el que saca mejores notas en los exámenes, es tan tímido, que dice el maestro que hay que arrancarle las palabras con sacacorchos.

—¿Gracias—dice—a que él ya lo conoce, y consigue que en los exámenes pierda algo el miedo.

—Y Perico el de la Muñoza, ¿que tal estudiante es?

—¿Ese?... Al revés del otro, aun cuando no sepa una palabra, cuando le preguntan contesta con un desparramo que parece que sabe más que el maestro.

—¡Si, vamos! Un desahogado, que si no se enmienda, cuando sea mayor será un perfecto titiritero.

—Un señor de los que estaban allí ha dicho que Perico es un sinvergüenza.

—Duro es el calificativo, pero no está mal aplicado, no.

—Y además, en todos los exámenes le suspenden.

—El juicio ese, Dominguitín, te da la norma de lo que te he dicho siempre: La verdad ante todo, ese debe ser el lema del hombre honrado.

—Sin esa cobardía de Quinito, no hubiese ocurrido nada, y a Perico le hubieran dado su merecido.

—Sin eso que tú llamas cortedad y yo llamo cobardía, brillaría como el primero en la escuela, y se acostumbraría a luchar frente a frente con las contrariedades de la vida.

—Sin esa falsa vergüenza que se llama timidez y con una reputación sin ta-

cha, un hombre puede llegar a todo; con esa cobardía de carácter no se llega nunca a nada, porque no se lleva en la cara escrito lo que uno sabe o lo que uno vale, y el que por timidez deja de demostrarlo, queda anulado.

—En cambio, el embrollón suele alcanzar altos puestos, pero como su mérito es ficticio, lo echan de todas partes.

—No olvides que el refrán: De audaces es la fortuna, es muy verdadero, pero lo es cuando va acompañada de verdadero talento.

—Cuando la audacia es hija de la necedad, del orgullo o de la pretensión, la audacia es siempre despreciable; envilece,

EL ABUELO

CUENTO INFANTIL

Perlita y Rayo de Luna

En la despensa de la vieja Kapocha, sobre un vasar, había un queso blanco, redondo, mantecoso, magnífico, hecho con leche de la cabrita «Locuela».

Aquel queso era el que, como todos los años, la vieja Kapocha había de regalarle al Rey el día de San Balandrán.

Os sorprenderá, sin duda, que una vieja tan agarrada como la tal Kapocha le hiciese al Rey tan hermoso presente; pero es que llevaba en ello su interés, pues el Rey, que deliraba por los quesos de leche de cabra, solía agradecer el regalo con tres buenas monedas de oro.

Aquella noche, la vieja, después de dar un vistazo al precioso queso, cerró la puerta de la despensa y se fué a dormir; pero como era corta de vista no se fijó en que, con el queso, encerraba dos cosas; una era un gato negro, «Azabache», y la otra era un fino y plateado rayo de luna.

Se conoce que al rayito le llamó la atención y se acercó a él rodeándole con curiosidad, acariciándole y, sobre todo, iluminándole.

De tal suerte lo iluminó, que «Azabache», el gato negro de los ojos de esmeralda, lo vio; se acercó muy quedo, alargó la patita, arrimó los bigotes y... hundió el hocico en el queso, saboreando el más delicioso festín que se diera jamás en su vida—¡ni aun en las siete!—de gato goloso.

Al amanecer, la vieja llamó: —¡Perlita! Ve a coger el queso y llévaselo a Su Majestad.

Perlita era una nena muy pobre, muy linda y muy buena, que la vieja tenía recogida para que la sirviera de criada y para tener en quien descargar su mal humor.

Perlita entró en la despensa, vio algo blanco y plateado sobre el vasar avanzó la mano y... no cogió nada, porque aquello era el rayo de luna, que se había quedado solo, después de que el queso hubo desaparecido en el estómago del terrible gattito.

Al oír el grito de Perlita, acudió la vieja rugiendo.

—¿Dónde está el queso?
—Perlita abrió sus manitas, apartando los diez dedos, y diciendo así, sin hablar:

—¡No hay nada!
—Ah, bribonzuelal—gritó Kapocha, furiosa.—¡Lo habrás escondido para comértelo! Pues aquí quedarás encerrada hasta que me lo devuelvas.

Se fué, y Perlita quedó aterrada en la despensa oscura; pero algo muy suave pasó entre sus bucles rubios, mientras una voz argentina decía:

—No te aflijas, monina; yo tengo la culpa de todo y lo arreglaré.

¿Quién hablaba así? ¿Era el gato? ¡Quial! El muy ladrón había huido en cuanto se abrió la puerta; era el rayo de luna, el cual prosiguió:

—Cógeme y guárdame en tu cestita; en ella seré queso con la condición de que no se destape hasta que llegues a palacio.

—Perlita, encantada, cogió el rayo de luna, lo metió en la cesta y llamó a la vieja.

—Ya decía que lo tenías escondido—rezongó ésta al acudir.

Ligera y alegre, Perlita, con su cesta al brazo, llegaba a un bosque cuando se cruzó con un joven que llevaba un traje de raso bordado en oro y un chambergo con plumas color de fuego. La saludo:

—¡Hola, linda Perlita! ¿Qué llevas en esa cestita?

—Si Perlita hubiera conocido el cuento de la Caperucita encarnada, hubiera sabido que las niñas que van solas con una cestita no deben dar conversación a los desconocidos a quienes se encuentran a la entrada de los bosques. Pero no conocía ese cuento, ni ningún otro cuento, porque ella no tenía dinero para comprarlos y la vieja Kapocha no tenía humor para contarlos.

—Llevo un queso hecho con leche de la cabrita «Locuela» para Su Majestad el Rey—contestó cortemente.

Todo ha de decirse: aquel elegante mozo era precisamente el hijo del Soberano y los quesos le gustaban tanto como a su padre; en seguida se le ocurrió la idea de gastar a la niña una bromita que él creía inocente y apoderarse así del sabroso contenido de la cestita.

—Si llegas a aquella encina—dijo—antes de que yo cuente hasta ciento te regalo esta sortija. ¡Una sortija con una piedra verde, que brillaba como los ojos del gato «Azabache!» Perlita quedó deslumbrada.

—Déjame tu cesta y correrás más fácilmente—añadió el príncipe.

Perlita le confió la cesta y echó a correr, él levantó la tapa de mimbre alargó la mano y... no cogió nada, porque el queso se había vuelto a cambiar en un rayo de luna, plateado e impalpable.

Cuando la niña volvió triunfante a recoger el premio de su carrera, no encontró ni príncipe ni sortija, y, lo que era peor, su cestita yacía en el suelo destapada y vacía.

Triste y cabizbaja volvió a la casa, donde la vieja la acogió alargando una mano para recibir las esperadas monedas de oro. A este gesto de la vieja, Perlita contestó con el gesto aquel de abrir sus manecitas, apartando los diez dedos que, significaba: «No hay nada».

—¡Ah, ladrona!—rugió la horrible Kapocha, furiosa.—Te has gastado el dinero en golosinas; vete y no vuelvas sin él.

—¡Pobre Perlita! ¡Qué apuro el suyo! ¿De dónde iba ella a sacar el dinero? Estaba condenada a morir de frío en la carretera, a menos que los lobos viniesen y la devorasen.

Llorando se fué; llorando anduvo largo rato, y llorando y extenuada se sentó al pie de un árbol; como era el otoño, las hojas secas y amarillas revoloteaban, cayendo en torno suyo y formando un tapiz dorado. De pronto Perlita oyó una voz muy roncá, pero llena de bondad, que le decía:

—No te aflijas, Perlita.

El árbol—donde habla un rayo de luna, ¿por qué no ha de hablar un árbol?—prosiguió:

—Coge tres de mis hojas; serán monedas de oro si las llevas a la vieja Kapocha sin abrir la mano.

Consolada al punto—las lágrimas de las niñas se secan en seguida.—Perlita cogió tres hojas amarillas. ¡Oh, alegría! Las hojas se transformaron en tres onzas de oro enormes, duras y brillantes, mucho más valiosas que las que el Rey acostuñbraba a dar por el queso de leche de cabras.

Apretando las monedas con todas sus fuerzas en su manita cerrada, Perlita emprendió el camino de vuelta.

Al pasar junto a un río oyó voces y vio al joven que tan mala jugada le había hecho, que se había caído al agua y forcejeaba a punto de ahogarse.

Tan incapaz era Perlita de rencor como de desconfianza; cogió una rama de árbol que encontró en el suelo, se la tendió al infeliz y le ayudó a salir del agua.

EL HADA ALEGRÍA

NOVELA ORIGINAL DE RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

Obra remiada por el PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS

Precio 5 pesetas.

VÉNDESE EN MAHÓN EN LA LIBRERÍA DE MANUEL SINTES ROTGER - Plaza del Príncipe, 17.

